

[76] Biopolítica. Un análisis de la cuestión¹

Javier Ugarte Pérez²

El origen del término en la obra de Michel Foucault

La biopolítica, como campo de estudio, hace pocos años que ha dado sus primeros pasos. Como su nacimiento es reciente, se hace difícil explicar sus características y delimitar su trabajo. Al hablar de biopolítica acuden a la mente conceptos que podrían relacionarse con el término al compartir el prefijo “bio”; así, biopoder y bioética. Ese prefijo indica que se trata de disciplinas o enfoques que tiene que ver con la vida, humana en primer lugar, puesto que el empleo de los sufijos “ética” y “política” señalan esa relación. En la actualidad, se encuentran autores que han dedicado una obra al estudio de la biopolítica, como es el caso de Agner Héller y Ferenc Féher; otros, como Paolo Virno, Jean-Luc Nancy o Antonio Negri (y Michel Hardt), se han parado a reflexionar sobre biopolítica en unas pocas páginas, y con el objeto de aclarar su sentido o aplicación; alguno, finalmente, ha hecho del tema un objetivo central en su trabajo, caso de Giorgio Agamben y, últimamente, Roberto Esposito.

Por lo tanto, la biopolítica atrae a un número creciente de pensadores que se esfuerzan en conocer su sentido y límites. Ahora bien, eso no ha supuesto, hasta el momento, ni que los análisis realizados en su campo hayan trascendido a la mayor parte de los intelectuales, ni que al lector culto le haya sido posible ubicar sus referentes. Cuando se menciona el término, quien lo escucha arquea las cejas intentando recordar de qué le suena la palabra, pero sin conseguir explicar dónde la ha oído antes ni a propósito de qué asunto. “Conocimiento difuso e interés creciente”, podría ser el diagnóstico con respecto al público. Por parte de los pensadores, existe la dificultad para fijar su sentido, tan asociado a la vida del ser humano como impreciso en su significado: ¿No se ha ocupado siempre la política de intervenir sobre la vida de los sujetos para dirigir su conducta? ¿No es también vida humana volcada a la relación con otros la que es estudiada por la Antropología y la Sociología?

Para orientarse en la senda recién descubierta, conviene rastrear el término en sus inicios. El origen se encuentra en la obra de Foucault; como fruto de su magisterio, en la clase del 17 de marzo de 1976, undécima conferencia impartida en el *Collège de France* durante ese curso. La lección se enmarcó dentro de un estudio sobre el racismo, su genealogía y desarrollo como política de Estado³. Como texto, ocupó el último capítulo de *Historia de la sexualidad, 1. La voluntad de saber*⁴, publicado en francés el mismo año, 1976. El título del capítulo es “Derecho de muerte y poder sobre la vida”; el de la conferencia, “Del poder de soberanía al poder sobre la vida”. Las ideas contenidas en ambos escritos son equiparables. En ellos, Foucault muestra que el poder, como potencia para transformar la vida de una colectividad, hace dos siglos que ha experimentado una metamorfosis. Ha dejado de ser el derecho de matar, en la forma de

¹ El presente texto ha sido publicado en la revista *Claves de razón práctica*, nº 166. Madrid, Progreso, octubre de 2006, pp. 76-82. Las páginas que corresponden a la edición de la revista irán precedidas del número en negrita situado entre corchetes, comenzando por [76].

² Javier Ugarte Pérez es Doctor en Filosofía. Ha publicado, como Compilador, *La administración de la vida. Estudios biopolíticos* (Barcelona, Anthropos, 2005).

³ Se puede encontrar una buena edición del curso, que en España fue publicado con el título de *Hay que defender la sociedad* en Akal (Madrid, 2003).

⁴ La primera edición en castellano es de 1977 y fue publicada por Siglo XXI Editores de México; la edición francesa data de un año antes. En el artículo las citas sobre la obra se basarán en la edición de Siglo XXI Editores de España, publicada en 1989.

ejecución pública, para convertirse en la capacidad de hacer vivir. Esto desplaza el problema de la soberanía porque el gobierno de un territorio se ha convertido en la gestión de una población. Es decir, la población pasa a ser el centro de las preocupaciones gubernamentales; frente a ella, el territorio es algo secundario. Por esa razón, desde finales del siglo XVIII se estudian los individuos con sus ritmos de natalidad, mortalidad y enfermedad. La incidencia de las epidemias y la forma de combatirlas se incluyen entre las preocupaciones básicas del Estado.

Los gobernantes, poco a poco, dejaron de lado la preocupación por la situación de las familias, tanto si éstas eran del pueblo como de la realeza, y cuyo bienestar había sido el objetivo de intervenciones en los siglos anteriores, para comenzar a preocuparse por el destino de cada uno de sus integrantes⁵. La nación ya no es una gran familia, reflejada en la familia del monarca, sino un agregado de sujetos que buscan por separado su bienestar; a menudo, lo persiguen en agresiva competencia. Gracias al estudio de los individuos por separado, tiene lugar un conocimiento de la población que es proporcionado por la nueva ciencia estadística y que alcanza niveles que no se podían obtener con la tradicional documentación o hagiografía sobre sujetos singulares del pasado (reyes, militares, santos). Por un lado, los gobiernos crean las condiciones de higiene y división del espacio urbano que serán capaces de albergar la población que debe impulsar la Revolución Industrial y la potencia de los Estados; por otro, ponen en funcionamiento las disciplinas para obtener de estos sujetos los comportamientos que exige el trabajo en las fábricas, el ejército y la colonización. Debe recordarse que entre finales del siglo XVIII y comienzos del XIX, además de la revolución industrial, comienza el segundo periodo de formación de imperios, tras la colonización de América por las naciones ibéricas. Ahora, es el sur de Asia y todo el continente africano lo que está en disputa.

En ese contexto, era importante que los obreros se adaptaran al ritmo de trabajo que imponía el nuevo modo de producción, el capitalismo industrial. Para lograr el ajuste, se estudia al cuerpo humano en sus habilidades y funciones. Los antecedentes teóricos de las disciplinas se encuentran en el dualismo cuerpo-alma que estableció Descartes y en el materialismo francés del siglo XVIII, con su concepción del “hombre-máquina”. Bajo estas filosofías el cuerpo ya no es la cárcel del alma, según la visión cristiana, sino el alma la cárcel del cuerpo o, por equilibrar el balance, se logra su encadenamiento mutuo al hacer entrar en el ámbito del alma unos principios de moralidad mientras en el dominio físico se imponen las disciplinas. El objetivo es que cuerpo y mente acepten el cometido que tienen asignado: el cumplimiento de las normas (legales, morales) y la satisfacción de los [77] ritmos de la producción. Las técnicas para lograr el sometimiento del cuerpo, es decir las disciplinas, se desarrollan cuando se consigue la forma de observar a los seres humanos sin que éstos sepan si son objeto de atención. Ello es posible gracias a un nuevo tipo de edificio, el panóptico, que permite estudiar el comportamiento de los sujetos encerrados en prisiones, hospitales, etc., sin que los internos sea capaces de oponerse a la observación⁶. Además del trabajo en la industria y las minas, era importante el disciplinamiento en la escuela, la Academia y el ejército, para extraer de los sujetos la mayor eficacia, fuese el objetivo el aprendizaje estandarizado de millones de muchachos en los centros educativos o el movimiento coordinado de los soldados durante los ejercicios y maniobras.

El estudio de las disciplinas había sido el eje que estructuró, un año antes, el otro gran libro de Foucault de la segunda mitad de los años setenta, *Vigilar y castigar*. La importancia del dispositivo de sexualidad, que mezcla saberes y prácticas, viene del cruce de ambas reglas, la dirección biológica y la disciplinaria, puesto que el sexo es

⁵ El texto que señala la transformación de una forma de gobierno a otra es “La gubernamentalidad”.

⁶ La propuesta para el panóptico se encuentra en la obra de Jeremy Bentham del mismo título.

una de las conductas que muestran el acatamiento de las normas (matrimonio, descendencia y filiación) o la rebeldía ante ellas (libertinaje, prostitución, abandono de niños, homosexualidad). Además, el sexo es la base para generar nuevos seres. Por lo tanto, tenemos dos ejes para el estudio del poder sobre la vida; por un lado, lo que Foucault denomina una “anatomopolítica”, que se centra en las disciplinas. Por el otro, una “biopolítica de la población” que estudia el cuerpo humano como ente, como si se tratase de la fisiología de cualquier especie de mamíferos⁷. Es razonable creer que, a partir del prefijo “anato” para describir el sometimiento a las disciplinas, el filósofo pensó otro, “bio”, para esta segunda línea de investigación. El problema con el uso posterior del término “biopolítica” es que puede olvidarse que supone la síntesis de dos líneas de investigación, y no la expresión de una de ellas. De ahí también las dudas del autor a la hora de calificar el trabajo que realizaba como biopoder o biopolítica.

Las obras posteriores de Foucault, como los volúmenes II y III de la *Historia de la sexualidad*, publicados ocho años después del primero, no continúan con el estudio de las disciplinas ni de la población. En ellas, el autor se adentra en el campo de la subjetivación y, por lo tanto, en los instrumentos que el individuo utiliza para desarrollar sus criterios de comportamiento, sean éstos elaborados por el Estado (leyes, normas) o por instancias como el arte (el comportamiento estético, la belleza), la medicina (la salud, lo conveniente), la religión (el bien, la obediencia), etc. La subjetivación es la apuesta para escapar a las trampas de la identidad, la mayor de las cuales es la imagen que transmite de que el individuo es una sustancia que el Estado modela según sus necesidades. Por el contrario, la apuesta foucaultiana es que el sujeto es el resultado de un proceso y la subjetividad es la lucha para configurarla. El paso de unos temas a otros se encuentra en su estudio del poder pastoral. Éste controlaba las conductas individuales y las alianzas entre familias, sometidas a la bendición del pastor. También servía como técnica de elaboración de la propia conciencia, ya desde la Antigüedad, por ejemplo a través de las cartas que un maestro dirigía a sus discípulos. Es lo que, con aire de paradoja, titula como *Omnes et singulatim*⁸; es decir, “todos y de uno en uno”.

Un recorrido por el uso del concepto

Ahora, conviene detenerse en las publicaciones más importantes aparecidas en castellano. A mitad de la década de los noventa se editó el primer libro con ese título, *Biopolítica*, escrito por Agnes Heller y Ferenc Fehér⁹. En sus páginas, los autores hacen un recorrido por los problemas surgidos en la sociedad norteamericana como consecuencia del entrecruzamiento de la vida con la política, desde la discriminación femenina a la racial. El uso que dan al concepto guarda poca relación con el propuesto por Foucault, ya que en su obra los autores muestran la identidad como algo construido con términos que proceden del campo de la biología, como “raza” y “género”. En su obra muestran cómo la biopolítica, en Estados Unidos, más que un campo de análisis, es un arma que los grupos discriminados y marginados usan para combatir [78] las causas que provocan su sufrimiento. Véase lo siguiente: “El conflicto de los sexos, la “Lisístrata” que Aristófanes representa en el escenario de la vida o en el teatro político, no es necesariamente menos trascendental o más pacífico que los conflictos de clase o

⁷ Michel Foucault (1989, 168).

⁸ En castellano se publicó con el también sorprendente título de *Tecnologías del yo*, en alusión a otro de los estudios del volumen, con una introducción de Miguel Morey (Barcelona, Paidós Ibérica, 1990).

⁹ Agnes Heller y Ferenc Fehér (1995): *Biopolítica. La modernidad y la liberación del cuerpo*. Barcelona, Península (original en Avebury, Viena, 1994).

los choques entre monarquía y república; lo único que pasa es que aún no estamos habituados a verlo como una realidad política” (*Op. Cit.*, 104).

Para enfrentarse a los problemas que exponen Heller y Fehér, quienes sufren la discriminación, como las mujeres, los chicanos y la población de color, no realizan críticas a su identidad; al contrario, la exacerbaban para conseguir que otros sujetos perciban la discriminación con mayor fuerza y, gracias a eso, se unan a ellos en la lucha contra la injusticia. Por lo tanto, lo que en Estados Unidos se entendía en esos años como una lucha biopolítica consistía en la denuncia de los mecanismos que naturalizaban el trato diferenciado que recibían los sujetos. Se utilizaba la biopolítica para combatir prejuicios porque sólo puede deberse a la falta de luces la creencia de que las mujeres deben permanecer en el hogar cuidando de los hijos mientras los hombres trabajan fuera, o que son justas las barreras puestas a la población de color para dificultar su acceso a los puestos directivos. Tienen razón en su combate de los prejuicios, pero las armas o herramientas que utilizan guardan poca relación con el uso que Foucault hacía de esos conceptos. Éste trataba de difuminar la identidad a través del estudio de la subjetivación, mientras los grupos aludidos la convierten en algo sólido y presente en todos los campos donde se presenta un conflicto para que sus portadores no olviden ni un instante el origen de sus problemas. Así, animan a los marginados a sumarse a la lucha.

Paolo Virno utiliza el término en su obra *Gramática de la multitud*¹⁰. Estudia la biopolítica en conexión con el modo de producción, sobre todo con la necesidad que tiene el capital de disponer de mano de obra que se ajuste a sus requerimientos. En su análisis, transmite la idea de que la biopolítica es el gobierno de una población con el objetivo de satisfacer a las empresas. En ese caso, el empleo del término estaría a caballo entre una anatomopolítica y una biopolítica, pero reducidas ambas a la función de abastecer de obreros bien formados las necesidades de una economía capitalista. Cuando Virno habla de trabajo piensa en tareas que se han desmaterializado porque dependen de la comunicación lingüística entre los miembros de una multitud; de ahí el título de su obra. El trabajo sobre el que reflexiona es resultado del intelecto general, producto que una colectividad genera a través de las relaciones múltiples (gramaticales, físicas, emocionales) que surgen del contacto entre sus miembros. El filósofo abandona la idea de trabajo como el uso que los obreros hacen de sus manos en las fábricas. Ahora bien, en su análisis la relación entre política y trabajo va más lejos porque no se trata de que la política exista para satisfacer la demanda de la producción, sino que “la biopolítica es sólo un efecto, una reverberación, una articulación de aquel hecho primario –histórico y filosófico al mismo tiempo- que consiste en la compraventa de la potencia en cuanto potencia [el trabajo]” (*Op. Cit.* 86). La crítica a este planteamiento ha sido hecha por Antonio Negri y Michel Hardt en *Imperio*¹¹. Ambos autores también dedican un apartado a la biopolítica al comienzo de su obra, y en esas páginas señalan que el modo de concebir la producción que cultiva Virno se mueve en el campo de las ideas. Es decir, es idealista en el sentido marxista del término, pese al marxismo que cultiva su defensor, porque no muestra los cauces por los cuales el trabajo inmaterial se expresa en producción social y, por tanto, en biopolítica. Es posible que Virno muestre la realidad bajo un nuevo punto de vista, y que la perspectiva que propone resulte interesante, pero se limita a exponer ese hecho, no a investigar las causas de su existencia ni los parámetros que sigue.

También Jean-Luc Nancy dedica unas páginas a reflexionar sobre el tema en “Nota sobre el término <biopolítica>”, que fue publicada dentro del volumen *La*

¹⁰ Paolo Virno (2003): *Gramática de la multitud. Para un análisis de las formas de vida contemporáneas*. Madrid, Traficantes de Sueños, ps. 82-87.

¹¹ Antonio Negri y Michel Hardt (2005): *Imperio*. Barcelona, Paidós Ibérica, p. 43

*creación del mundo o la mundialización*¹². En su texto, Nancy se muestra crítico con el término porque piensa que no define una situación nueva, ya que la política desde su nacimiento se hizo cargo de la vida. De forma paralela, desde el principio de la historia (y aún antes de la aparición de la escritura), el desarrollo humano se ha producido gracias a la técnica; es inseparable de ella hasta tal punto de que muchos de los fines de la especie han sido instituidos por la técnica: “Ni vida (como forma de vida) ni política (como forma de coexistencia) es lo que designa involuntariamente la palabra <biopolítica>” ya que ambos términos “están ya más bien sometidos a lo que los mantiene juntos en la ecotécnica” (*Op. Cit.*, 118). Además, “biopolítica” tampoco es un buen concepto como herramienta de trabajo porque permite dos interpretaciones paralelas. Una de ellas es que se trata de la gestión de la vida por los poderes económicos sin otra finalidad, para esos poderes, que lograr su propio crecimiento; la otra, es la idea de que la vida puede producirse a sí misma y reapropiarse de lo exterior gracias a una creación que reabsorbe toda política. Resulta imposible decidir entre ambas y, por si fuera poco, ninguna de las dos alternativas encara los problemas que acarrea el crecimiento de una ecotecnia que carece de fines identificables. Para Nancy, Occidente debe enfrentarse a las consecuencias de haber creado un mundo que desarrolla las posibilidades de la técnica de manera ilimitada mientras hace saltar por los aires los fundamentos comunes de la existencia, pese a tratarse de sistemas - formalmente- democráticos. Son los problemas derivados de lo que en Francia se denomina “mundialización” mientras, en otros sitios, se conoce como “globalización”.

Giorgio Agamben ha sido el pensador que ha cultivado de forma más explícita el análisis biopolítico en los últimos tiempos; frente a los autores anteriores, no lo ha hecho con el objetivo de comprender la biopolítica en su contexto, sino de estudiarla hasta el límite de sus posibilidades. Como ejemplo de ello se puede señalar que en la “Presentación” de *El poder soberano y la nuda vida*, volumen que inaugura la serie *Homo Sacer*, afirma: “La presente investigación se refiere precisamente a ese punto oculto en que confluyen el modelo jurídico-institucional y el modelo biopolítico del poder”¹³. Para comprender la confluencia que señala, Agamben estudia cómo la nuda vida se ha constituido en el núcleo de la soberanía. La perspectiva biopolítica y la preocupación por el poder se unen en el análisis de los mecanismos que regulan la ley y el derecho. Para alcanzar su objetivo, recurre a los dos límites donde se suspende la ley en las democracias contemporáneas; uno es temporal, el otro espacial. El primero es el estado de excepción, que colapsa la legalidad, si bien lo hace dentro de la ley porque está recogido por ella, lo que [79] resulta paradójico. El segundo son los campos de concentración (y exterminio), donde el derecho se diluye ante las normas que rigen su funcionamiento; reglas y normas creadas para eliminar a los internos. Bajo la perspectiva del autor italiano, el gobierno de la nuda vida por el poder es “el más inmemorial de los *arcana imperii*”¹⁴.

En el conjunto de su obra los problemas en torno a la gubernamentalidad son fundamentales, puesto que se trata del nivel donde se decide sobre la vida y la muerte de los sujetos, mientras que Foucault los había dejado de lado, precisamente en el texto que lleva ese título, “La gubernamentalidad”. Para el pensador francés, las teorías sobre el gobierno son abstracciones, como la del contrato social, que merecen ser tenidas en

¹² Jean-Luc Nancy (2003): *La creación del mundo o la mundialización*. Barcelona, Paidós Ibérica, ps. 115-120 (edición original en Galilée, París, 2002).

¹³ Giorgio Agamben (2003): *Homo Sacer. El poder soberano y la nuda vida*. Valencia, Pre-Textos, p. 15 (original en Giulio Einaudi, Turín, 1995). Agamben califica de “sacer” al individuo a quien cualquiera puede matar pero que no es sacrificable por el derecho porque no cumple las condiciones para ser objeto de sacrificio. Es una figura del derecho romano arcaico que el filósofo recupera para explicar fenómenos de nuestra época como el genocidio.

¹⁴ G. Agamben (2003, 16).

cuenta al encarnarse gracias a las técnicas que aplican nuevos cuerpos de funcionarios, como los médicos higienistas, los economistas, o los diferentes cuerpos de policía (sobre todo, la municipal). En ese momento, al concretarse su funcionamiento, el poder fue objeto de su atención. Para el pensador italiano, la cuestión del derecho, de la legitimidad del poder, es central en la comprensión de nuestros sistemas políticos, puesto que el estado de excepción convierte lo abstracto en real, el verbo de la ley (se) hace sangre. Su trabajo puede ser considerado como expresión de la octava tesis de Benjamin sobre la Historia, donde el filósofo de la Escuela de Frankfurt había afirmado que “La tradición de los oprimidos nos enseña que el ‘estado de excepción’ en que vivimos es la regla”. De lo que se concluye, en opinión de Agamben, que nos encontramos en un estado de excepción permanente que ha convertido a todos los humanos en *sáceres*. Las pruebas se encuentran en los *lagers*, los campos nazis. Salvando las distancias, también en Guantánamo, porque ahí los detenidos viven al margen de los principios del derecho, aunque haya sido un gobierno democrático quien los ha secuestrado y encerrado para cometer todo tipo de abusos.

Al introducir el problema del gobierno, la perspectiva cambia. Foucault considera fundamentales los dispositivos que separan a la población sana de la enferma, los sujetos normales de los infames. Por esa razón tiene en cuenta las disciplinas, que extraen todo el trabajo que un individuo puede dar de sí en las fábricas, las escuelas o en las Academias militares. Son importantes las normas, más que las leyes, porque lo fundamental no son los principios de gobierno, sino las reglas que se aplican para lograr resultados, es decir los micropoderes que se filtran por todas las capas sociales. En cambio, para Agamben lo fundamental es el acoso al que se encuentra sometida la ley por parte del gobernante. El primero tiene en cuenta el contexto capitalista en el que surge la biopolítica y su función, el incremento de la productividad de la mano de obra y la mejora de su estado como seres vivos, como población de la especie humana. También se detiene en la competencia entre los Estados por la hegemonía y las bases sobre las que levantan una fortaleza que siempre les parece insuficiente. El segundo deja de lado estas circunstancias y busca en el Derecho romano los precedentes de una situación como la actual, donde la ley permite matar impunemente a sujetos que han sido previamente marcados, como pasa en los campos. Lo que era la figura del *sacer* en la antigüedad es la población insana, degenerada y peligrosa en el presente.

El punto de partida de Agamben, lo que se esfuerza por explicar, es cómo Auschwitz ha llegado a existir. Bajo ese nombre, que sintetiza el genocidio, se han dado unos hechos “tan reales que, en comparación con ellos, nada es igual de verdadero”¹⁵. Los campos de exterminio constituyen una realidad tan densa que resulta difícil imaginarla o comprenderla desde fuera. Los testimonios indican que a los internos, con su esfuerzo concentrado en la supervivencia, tampoco les resultaba fácil entender lo que sucedía. El trabajo de Agamben se enfrenta a lo que el pensamiento ha esquivado por carecer de conceptos para la tarea. Su obra es la expresión del esfuerzo por elaborar esas herramientas; busca medirse con la mirada de la Gorgona y que sea ella, por primera vez, quien baje los ojos. Eso supone reconstruir la política y la ética que hemos conocido porque, como señala al final de la “Advertencia” con la que comienza *Lo que queda de Auschwitz*, la obra por realizar es una “*Ethica more Auschwitz demonstrata*”. Esa reconstrucción le lleva al origen del derecho en Occidente. Que sea una cuestión de derecho, y no de eficacia en el gobierno, se muestra en referencia a la antigüedad, ya que Agamben no sitúa en la *República* de Platón la génesis de los problemas actuales o,

¹⁵ G. Agamben (2000): *Lo que queda de Auschwitz. El archivo y el testigo. Homo sacer III*. Valencia, Pre-textos, p. 9 (original de 1999).

al menos, de la biopolítica¹⁶. La razón de esta ausencia se debe a que al filósofo italiano no le interesan las razones por las que el Estado se despreocupa por la suerte de sus súbditos. Tampoco le preocupa la selección eugenésica que propugna Platón, en el libro V de su obra, para mejorar la población. Agamben quiere conocer las causas de la implicación de los Estados en el genocidio; para él, no se trata de dejar morir ni de hacer vivir, sino de *hacer morir* a un número enorme de individuos. Éste es el hecho político fundamental de la historia y una realidad que supera en realidad a todas las demás; por eso estudia su genealogía, no la productividad del gobierno.

La perspectiva de Foucault es otra. Si él quisiera realizar una genealogía de las ideas biopolíticas, Platón hubiese sido el referente. Ahora bien, Foucault tampoco sitúa en el pensador griego su origen porque la biopolítica es inseparable del nacimiento de la higiene, la obsesión burguesa por la salud, la atención que el poder presta a la población, el disciplinamiento de los cuerpos y la lucha capitalista por el beneficio. Los gobiernos contemporáneos elaboraron instrumentos para tratar a la población humana como organismos animales, con sus tasas demográficas e índice de epidemias, gracias al desarrollo de técnicas higiénicas y, por extensión, aplicando los conocimientos que ponen en sus manos la Biología. No existe biopolítica sin biología, Estado y capitalismo industrial, puesto que éstas son las bases materiales que alumbraron su nacimiento y las fuerzas que impulsan su expansión. Por ello, Foucault sitúa el origen de la biopolítica entre finales del siglo XVIII y principios del XIX, no en la Grecia clásica. El dominio de la burguesía, la potencia de los Estados, la competencia entre ellos de cara a la extensión de los mercados y la formación de los imperios, transforman el hacer morir y dejar vivir en *hacer vivir*, crear vida que produzca y consuma. El viejo derecho de soberanía que se expresaba en el acto de matar, se convierte en productividad del poder a través de la generación de una vida que respeta y cumple las tareas asignadas. El poder no se ocupa de la muerte, sino de controlar la mortalidad; en relación con ella, la muerte es algo exterior. De ahí la crítica irónica de Foucault a la idea de Marcuse de que la burguesía reprime la sexualidad: ¿no se encuentra en la práctica sexual el comienzo y la multiplicación de la vida? Por otro lado, ¿cómo habría de reprimirla si es una fuente de beneficios económicos? La burguesía no reprime el sexo, lo gobierna.

Para Foucault, el nazismo resulta de hacer funcionar dos mecanismos hasta el paroxismo, el viejo derecho de matar y el nuevo poder disciplinario¹⁷. En el [80] contexto biopolítico, el derecho de matar se transforma en racismo de Estado y genocidio. La ejecución ya no se realiza sobre adversarios del gobierno o de la comunidad (regicidas, parricidas, traidores, herejes) sino sobre individuos o colectividades que representan un peligro para la población. Al igual que ya no son los sujetos los protagonistas de la historia, sino las poblaciones, tampoco los criminales son los enemigos principales del Estado, sino determinadas razas o grupos. En ese contexto se puede entender el miedo a la degeneración en el caso de contraer determinados hábitos o de permitir la procreación de quien los tenía. En lugares lejanos, o en las colonias, los europeos temían el contagio de las características de otras razas, su animalidad y epidemias. En la modernidad biopolítica el poder no puede matar sino es bajo los supuestos del racismo, porque esta doctrina señala dónde se encuentra el peligro y aporta soluciones al problema; el genocidio es la más extrema. En la unión del racismo de Estado y la sociedad disciplinaria hasta lo inconcebible, Auschwitz ve la luz.

¹⁶ Platón había señalado que los médicos, a partir del ejemplo de Asclepio, no debían molestarse en alargar la vida de los cuerpos enfermos e intemperantes porque esto va contra su interés y el de la república (*República*, III, 407c-408c).

¹⁷ Ver el primer volumen de la *Historia de la sexualidad* (1989, 181) y *Hay que defender la sociedad* (2003, 221-222).

Por estas razones, aunque Agamben afirme seguir la línea biopolítica iniciada por Foucault, su inscripción en ella es problemática. Es cierto que la biopolítica designa el gobierno de la población, pero lo fundamental del término es que describe el manejo de los organismos vivos con el objetivo de acrecentar su número y potencia. En ello se juega el poder de las clases dirigentes y la potencia del Estado. No es ésa la perspectiva de Agamben. Al contrario de lo que hace Virno, deja de lado la anatomopolítica, las disciplinas y el mundo de la producción, para centrarse en la política y su gestión de la vida. Cuando Agamben estudia el gobierno de la vida su trabajo no gira alrededor de la procreación ni del fortalecimiento de los individuos, sino que se centra en su sometimiento y aniquilación. Por eso, sería mejor utilizar un término diferente, como “tanatopolítica”, para una filosofía que lleva a cabo una genealogía y disección del genocidio, más que la manipulación de la vida con fines políticos o económicos. En realidad, su pensamiento expone cómo se han desarrollado los instrumentos que sostienen una tanatopolítica que comenzó hace mucho tiempo. De esta forma, se podría decir que sus estudios complementan la biopolítica que emana de la obra de Foucault al mostrar que el gobierno de la población no está fijado de antemano ni la eficiencia absorbe todos los fines de la política; los poderes no persiguen siempre el mismo objetivo pero, como poderes que son, encuentran la forma de alcanzar sus fines.

El último autor que ha dedicado su trabajo al análisis de la biopolítica es Roberto Esposito y su obra de referencia, por el momento, *Immunitas*¹⁸. El título orienta sobre su contenido, puesto que la inmunidad, a través de las campañas de vacunación, es el campo donde confluye la capacidad del Estado, como salvaguardia de una población, y la vida de cada sujeto. Inmune, en sentido latino, es quien no debe nada a nadie mientras los demás guardan una obligación. La comunidad es el objetivo al que apunta la relación y, por ello, la obra anterior debe ser complementada con otra, *Communitas*, donde el autor señala las fuerzas a las que se encuentra sometida la comunidad¹⁹. Es necesario señalar que “inmune”, en su origen, es un término de contenido negativo por la exoneración de cargas de quien lo disfruta; un ejemplo palpable es la Iglesia, exenta del pago de tributos, entre otras obligaciones, pero receptora de bienes comunitarios (*Immunitas*, 15-16). Esposito se muestra atento a las preocupaciones de Agamben sobre la capacidad del derecho para regular la vida y el acoso al que se ve sometido por el poder, que tiene el deseo de gobernarla por encima de cualquier obstáculo que se le presente; para ello, declara el poder declara el estado de excepción, si hace falta. Esa es una de las razones de que Esposito extienda el sentido de inmunidad hasta el campo jurídico, poniendo en conexión vida y derecho. Sobre la violencia del aparato jurídico, señala: “su mecanismo inmunitario consiste en perpetuar la vida mediante el sacrificio de lo viviente. Eso significa que, para conservarla, es necesario introducir en ella algo que por lo menos en un punto la niegue para suprimirla” (*Op. Cit.*, 51). La vida sufre el envite de la ley con el sacrificio ritual y el fratricidio, y hay que recordar que sobre fratricidios se fundó Israel (Caín/Abel) y Roma (Rómulo/Remo), mientras la Iglesia se levantó sobre el sacrificio de alguien que era más que judío y humano (Cristo). Crecieron sobre esa sangre, derramada con el beneplácito de quien tenía en sus manos el poder, fuese dios u hombre. Luego, el derecho genera violencia como medio de inmunizar a la comunidad frente a la violencia que, de no actuar así, nacería en su seno. Si se lleva la argumentación del autor a sus últimas consecuencias, habría que pensar que la medicina ha aplicado procedimientos milenarios del derecho y que la inmunología nace de esa inspiración.

¹⁸ Roberto Esposito (2005): *Immunitas. Protección y negación de la vida*. Buenos Aires, Amorrortu. Es probable que antes de terminar el año, Amorrortu publique *Bios. Biopolítica y filosofía*, donde Esposito avanzará en el estudio del tema.

¹⁹ Roberto Esposito (2003): *Communitas. Origen y destino de la comunidad*. Buenos Aires, Amorrortu.

El espacio de confluencia entre la política y la medicina es el cuerpo porque: “sólo en la dimensión del cuerpo se presta la vida a ser conservada como tal por la inmunización política” (*Op. Cit.*, 160-161). Ahora bien, el mecanismo inmunitario también genera peligros. Su funcionamiento exige la presencia de enemigos a los que combatir o de lo contrario existe el riesgo de que vuelva sobre el propio sujeto su fuerza destructiva; cuando eso sucede, aparecen problemas que van de las alergias a las enfermedades autoinmunes. La metáfora política es clara: si no existen enemigos externos, la comunidad descubrirá en su seno los agentes que la debilitan y que será necesario eliminar. Al hacerlo, se dañará a sí misma. Por eso, la inmunización preserva la vida del sujeto (medicina) y de la comunidad (política) a costa de generar amenazas a las que antes no se encontraba expuesta. Ambas soluciones, localizar enemigos externos y generar enemigos internos, carecen de sensatez. En último término, cabe preguntarse por la necesidad de este mecanismo para preservar la vida, puesto que cuando ésta se encuentra en plenitud no se salvaguarda a cualquier precio. La vida en expansión juega y experimenta asumiendo las consecuencias de sus actos, como señaló Nietzsche. Al obrar así se pone en peligro, pero también se fortalece. Lo mismo sucede con la comunidad.

¿Qué se puede entender por biopoder, biopolítica, y bioética?

Foucault utiliza los términos “biopoder” y “biopolítica” como si fuesen sinónimos; por lo tanto, intercambiables. Con el paso del tiempo, biopolítica se ha impuesto por la fuerza del uso a biopoder, pero el proceso ha tenido lugar sin que lo acompañara un esfuerzo por saber si ambos conceptos significan lo mismo o deben usarse por separado²⁰. Como hizo su creador, los autores que se acaban de mencionar tratan ambos conceptos como sinónimos, o hablan solo de biopolítica. Sin embargo, en estas páginas se va a intentar definir un campo semántico para cada término. Se propone usar “biopoder” para referirse a los descubrimientos biológicos que se aplican sobre seres vivos, con el objetivo de hacer crecer su número y dominar sus capacidades. El biopoder no sería posible si los progresos de la Medicina y la Biología no hubiesen sentado primero los cimientos de la higiene, es decir si no se hubiese salvaguardado la vida que ya existía. Luego, [81] vino el control de la reproducción de las especies y la creación de nueva vida; por último, se creó la capacidad para potenciar unos rasgos y eliminar otros. De ahí que Foucault situase el nacimiento del biopoder en el alba de la Revolución industrial. Cuando el dominio se realiza sobre la vida humana, se abren una serie de posibilidades de dirección política, como la reproducción asistida en la actualidad, que dan su pleno sentido al uso del término “biopolítica”. Por eso, el biopoder está comprendido dentro de la biopolítica y es inseparable de la revolución industrial, puesto que en el siglo XIX la ciencia se pone al servicio del capitalismo y del gobierno que la financia²¹. Si los autores discrepan respecto a la fecha de nacimiento de

²⁰ Como excepción a ese desinterés, el número 1 de la revista francesa *Multitudes* (Exils, 2000) se ha dedicado al análisis de ambos términos. Entre los artículos publicados en ese volumen, es destacable el de Maurizio Lazzarato, que precisamente lleva por título “Du biopouvoir à la biopolitique”.

²¹ *Un mundo feliz*, de Aldous Huxley, puede interpretarse como un relato acerca de las relaciones de dependencia mutua entre biopoder y biopolítica. La obra se detiene, en la visita que realiza el grupo de estudiantes al *Centro de Incubación y Condicionamiento de la Central de Londres* (narrada en sus primeros capítulos), en la descripción de los avances que fueron desarrollando el biopoder y, así, asentando la biopolítica. En la sociedad que describe la novela, la ciencia ha llegado tan lejos que los sujetos, cuando vienen al mundo (no se puede decir “cuando nacen”, porque no salen de un vientre materno), ya incluyen el disciplinamiento entre su herencia biológica.

la biopolítica, no debería ser objeto de controversia el origen del biopoder ni su dependencia del capitalismo.

Un ejemplo que muestra la necesidad de definir ambos conceptos por separado, al tiempo que su uso complementario, es el tratamiento de la pandemia del Virus de Inmunodeficiencia Humana (V.I.H). En este caso, biopoder es la inversión que hacen las instituciones públicas en investigación para conocer el origen, estructura y mutaciones del microorganismo; biopolítica es lo que hace con los resultados quien ha financiado el trabajo. También es asunto de índole biopolítica la gestión de la enfermedad y los mensajes que se transmiten de los enfermos, como lo es la subvención de los preservativos, su distribución gratuita, los grupos de población entre la que se realiza el reparto o se fomenta su empleo, etc. Es biopoder la creación de los análisis de sangre que detectan la presencia del virus, pero biopolítica el trato que se da a las personas que lo han contraído; que desde el gobierno se permitiese o alentase el uso de expresiones como “cáncer rosa” o “cáncer gai” para referirse a la enfermedad también es una decisión biopolítica. De esta forma, la biopolítica culmina unas posibilidades de actuación que el biopoder vuelve reales; de hecho, se puede invertir el orden de los términos sin caer en una contradicción para afirmar que el biopoder es la apuesta de la biopolítica por alcanzar sus fines en la gestión de la vida gracias al uso de los avances en ciencia y tecnología. El poder hace biopolítica cuando influye en las decisiones a tomar sobre las líneas de trabajo de los institutos públicos, las subvenciones que se conceden a los centros de investigación, y las enfermedades cuya erradicación constituye una preferencia. Así, es biopolítica la decisión entre subvencionar las investigaciones que contienen el avance del V.I.H. y las que prometen superar los obstáculos de una pareja para lograr tener descendencia. La fecundación simultánea de varios óvulos de una mujer es biopoder, pero el haber apoyado las líneas de investigación que resuelvan el problema de la infertilidad, vuelve a ser biopolítica, como lo es la concesión de generosas ayudas a las madres cuya gestación concluye en un parto múltiple.

La razón de que se haya ampliado el número de conceptos relacionados con la vida se encuentra en el predominio de la Biología sobre las demás ciencias lo largo de la segunda mitad del siglo XX. Se puede situar el origen de la supremacía de esta ciencia en el descubrimiento de la doble molécula de ADN, en 1953; desde entonces, y de forma silenciosa, la Biología comenzó a reemplazar a la Física como la disciplina que acapara la atención del gobierno y de la sociedad por sus capacidades de manipulación del entorno. La Física se impuso como modelo a seguir por el resto de ciencias hacia la mitad del siglo XIX, al inaugurar un gran campo de posibilidades a la economía con los descubrimientos y aplicaciones de la electricidad, y a la política, merced a la fabricación de armamento. Su cenit como ciencia fue el resultado de los avances técnicos que tuvieron lugar en los primeros años del siglo XX sumados al descubrimiento de la mecánica cuántica y la teoría de la relatividad. Gracias a ellos, se reemplazó la imagen del Cosmos que había culminado con la obra de Newton, al tiempo que Einstein se convertía en el científico más popular de la historia. Pero la importancia de esta ciencia no se puede separar de las aplicaciones tecnológicas que inauguró en el siglo pasado, entre las que destaca la energía por fisión del núcleo atómico, una posibilidad que se puede utilizar tanto para generar electricidad como para fabricar bombas que superan en potencia de destrucción a todo lo creado con anterioridad por el ser humano.

La Física es una ciencia dura por la fuerte impronta que la matemática tiene en su trabajo y en sus teorías, pero su dureza también guarda relación con el impacto que tiene en el entorno. El hongo atómico fue la metáfora de una época, tanto de su complejo científico-tecnológico como de su política; la unión de los dos factores generó una guerra fría y el miedo al conflicto nuclear. Chernóbil es otro ejemplo de las

repercusiones de la tecnología basada en la Física y de la dificultad para gestionar sus consecuencias; que el efecto haya sido fruto de la desgracia no disminuye su repercusión sobre la vida de quienes se encontraban a muchos kilómetros de distancia. Por estas razones, es incompatible la biopolítica con el poder atómico, ya que el último hereda el tradicional derecho de muerte que representó la soberanía. La política contemporánea toma sobre sí la creación y gestión de la vida, de individuo en individuo, para llevarla a sus mayores cotas de dinamismo. Aunque se entienda la biopolítica como lo hace Agamben, como una puesta en obra del genocidio, tampoco son conmensurables la Física y el gobierno contemporáneo. Las consecuencias de las aplicaciones físicas son burdas porque el poder nuclear es igualitario e inmenso en su destrucción, mientras la biopolítica es sutil en sus discriminaciones. La biopolítica actúa, de forma continua, sobre un número de sujetos que es pequeño, pero distinto en cada ocasión. Es posible que esas diferencias internas expliquen la razón por la cual los Estados que se esfuerzan por poseer armas nucleares en la actualidad siguen lastrados por el subdesarrollado; es el caso de Pakistán, India e Irán. En cambio, los Estados desarrollados se han alejado de ese camino y dirigen sus recursos a la fabricación de armamento “inteligente”, llamado así porque sus efectos son controlables.

Al margen de las cuestiones militares, los gobiernos con recursos impulsan investigaciones que guardan poca relación con la Física, como la búsqueda de soluciones para las enfermedades hereditarias, y en ese campo destacan las posibilidades abiertas por la ingeniería genética. Además, la Biología tiene otras características que la vuelven atractiva. Por ejemplo, se aplica sobre campos más amplios que la Física, desde la producción botánica (selección de semillas, creación de variantes resistentes a la falta de agua o a las plagas, hibridación) y zoológica (animales que desarrollan en poco tiempo capacidades que se aprecian: leche, carne, etc.) hasta la elaboración de vacunas, pasando por el uso de bacterias para combatir la contaminación del suelo. Este conjunto de técnicas, al tiempo que impulsan la economía, resuelve problemas sanitarios, medioambientales, etc., que sirven a los dirigentes políticos para justificar la eficacia de su gobierno y presentarse en buenas condiciones a la reelección. El hecho de que las tecnologías biológicas contribuyan tanto al incremento de la riqueza es algo que en un sistema económico de competencia entre empresas por el mercado, y de Estados por la [82] hegemonía, convierte su desarrollo en un objetivo básico para los gobiernos. En este punto, debe señalarse que la razón de que los dirigentes contemporáneos apuesten tanto por las investigaciones de la Biología son similares a las que llevaron a sus predecesores a volcarse sobre los avances físicos a principios del siglo XX, es decir la búsqueda del incremento de la riqueza y del poder, entendido éste último como capacidad de actuación.

Ahora bien, las innovaciones en Biología no se quedan sólo en el conocimiento del entorno o en la creación de nuevos campos de inversión. Como se ha visto, también afectan a la vida humana cuando se entra en el reino de las vacunas, los trasplantes de órganos y la selección de embriones que no sean portadores de enfermedades hereditarias, entre otras cuestiones. Por eso, merece la pena detenerse en un campo donde el ser humano es puesto en juego; esto sucede cuando la Biología, ciencia de la vida, se relaciona con la muerte. En este contexto, se puede entender la bioética como la disciplina que nació para responder a las dudas que surgieron en el momento en que el biopoder desplegó sus capacidades sobre los seres humanos. Al desarrollarse las condiciones de conservación de la vida, es decir al superar la mera higiene, hizo falta un saber que sirviera a la sociedad para pensar acerca de los límites en los que se debía mover la intervención médica. La bioética define esas fronteras al tiempo que se enfrenta a los problemas que surgen en el esfuerzo por dinamizar, a la par que

dignificar, la vida de sujetos que tienen mermadas sus facultades o que se encuentran cercanos a la muerte.

Los principios que la bioética persigue son la beneficencia (y una variante suya, la no malevolencia), la autonomía y la justicia. A partir de ellos, se comprende que esta disciplina no se ocupe de individuos capaces de tomar sus decisiones y ponerlas en práctica ni de cadáveres; entre esos límites se mueve. Su objeto de atención son las personas no canónicas (embriones, fetos) o que, pese a serlo, han perdido su autonomía por encontrarse en coma, padecer una enfermedad terminal, etc. y, por esa razón, otros tienen que decidir sobre su futuro. Apoya el mantenimiento de una vida en condiciones dignas y que el sujeto se adapte, en la medida de sus posibilidades, a los objetivos que persiguen el resto de individuos. El problema es que esos objetivos, en buena medida, son marcados por el gobierno y puestos en práctica por las instituciones sanitarias que dependen de él, como los servicios de urgencias, las unidades paliativas del dolor y los centros de rehabilitación. De ahí que sea legítimo preguntarse si el concepto adecuado para referirse a su tarea es bioética o si un término como “biomoral” no se ajustaría mejor a la realidad. Los pensadores griegos reflexionaban sobre la Ética desde una posición de independencia material, algo de lo que carecen los profesionales al servicio del Estado, pese a su buena voluntad.

La duda tiene su justificación en el punto tercero del “Credo bioético”, propuesto por Van Rensselaer Potter, padre de la disciplina. Al formularlo, el autor demuestra la adaptación a los valores sociales y a las necesidades de la humanidad, al tiempo que valora el dinamismo de los sujetos. El apartado reza así: “Acepto la singularidad y exclusividad de cada individuo y su necesidad instintiva de contribuir a la mejora de su comunidad social y hacerla compatible con las demás necesidades que a largo plazo tenga la sociedad”²². Revela un trasfondo biopolítico el hecho de que Van Rensselaer Potter no sólo afirme que es una necesidad contribuir a la mejora de la comunidad, sino que además ésta es instintiva. Contra los instintos poco se puede luchar, como se empeña en demostrar la sociobiología; calificar un rasgo de “instintivo” lo incluye dentro de aquellos productos de la naturaleza que, por el momento, no es posible modificar. Ahora bien, existe una larga experiencia histórica de conductas o actos que se han calificado de antinaturales, lo que equivale decir “contrarios al instinto”, con el objetivo de perseguirlos. Valgan dos ejemplos como prueba; uno, el trabajo de la mujer fuera del hogar, puesto que su instinto maternal la ha de llevar a concentrarse en su papel de madre en lugar de competir con los varones por los mejores empleos; no hablemos de lo que significa el aborto para ese supuesto instinto. Otro ejemplo es la sodomía, que pervierte el instinto reproductor de la especie. Por esa experiencia acumulada a lo largo de los siglos, hace falta poner un cuidado exquisito a la hora de hablar de instintos humanos.

Para concluir, se puede considerar que el biopoder es el uso que desde la política se hace de la Biología para transformar el entorno y alcanzar una amplia serie de objetivos, sean éstos económicos (mejoras en agricultura y ganadería), médicos (combate contra enfermedades), demográficos (higiene, técnicas de superación de la infertilidad), militares (creación de armas biológicas), etc. El biopoder es indisociable del uso de tecnologías relacionadas con la vida; lo que es más, esas tecnologías se han desarrollado para satisfacer esas demandas, como es el caso de la ingeniería genética. Los fines para los que se usan los descubrimientos vienen marcados desde fuera; son decididos por la biopolítica. Como el poder es la potencia para modificar las condiciones de vida de una sociedad, esta potencia se ve incrementada, con el paso del

²² Van Rensselaer Potter: “Biocibernética y supervivencia” en Marcelo Palacios, Coord., *Bioética 2000*, Oviedo, Ediciones Nobel (2000, 76). El autor norteamericano acuñó el término “bioética” en su obra, *Bioética: un puente hacia el futuro*, publicada en 1971.

tiempo, por el desarrollo de las tecnologías. Entre las que más han crecido en las últimas décadas se encuentra la informática, que permite el cálculo de millones de datos en segundos, lo que incrementa la productividad de las empresas y la eficiencia del gobierno. La influencia no se da sólo en una dirección, ya que es razonable pensar que las necesidades de las ciencias han contribuido a impulsar la informática por las demandas que ha realizado de programas y equipos que resolvieran sus problemas con la simulación de entornos naturales, realizando cálculos con grandes números, etc. De esta forma, la ciencia impulsa la tecnología, y ésta ayuda a la teoría a desenvolverse de forma segura; sin ese apoyo recíproco no se entendería el gran avance de las tecnologías en las últimas décadas, ni el lugar destacado que ocupa el biopoder entre ellas.

El uso de las tecnologías ha abierto tantas posibilidades de acción que han surgido dudas sobre el camino a seguir. Para resolverlas, cuando se decide sobre seres humanos, ha hecho falta el nacimiento de una nueva disciplina, la bioética. Ésta se encuentra en la tensión de responder a las directrices biopolíticas a la vez que se mantiene en línea con las tradiciones morales de la sociedad. Tampoco se debe olvidar su vocación de inspirar jurisprudencia, porque quienes trabajan en su campo tienen la pretensión de que las decisiones que toman, y los criterios de intervención que elaboraron para llegar a una conclusión, sirvan de orientación para aprobar nuevas leyes a medida que el biopoder extiende su campo de acción. Los expertos en bioética propugnan la autonomía como base para sus decisiones y como objetivo a conquistar en las personas dependientes. Sin embargo, la autonomía, entendida como independencia ética respecto a la biopolítica, puede resultar tan difícil en su trabajo como arduo resulta, para las personas que han perdido varias de sus facultades, recuperar el control de su vida diaria.

This document was created with Win2PDF available at <http://www.win2pdf.com>.
The unregistered version of Win2PDF is for evaluation or non-commercial use only.
This page will not be added after purchasing Win2PDF.